AÑO XLIX — Jueves 28 de Octubre de 1909 — NUM. 14.874

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id —Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmartre.

Redacción y Administración, Mayor, 2.

La correspondencia al Administrador

DE HIGIENE

Las carnes de reses de Cerda

Los vecinos del populoso barrio de Los Dolores, piensan elevar una instancia al Ayuntamiento de Cartagena pidiendo que las carnes de las reses de cerda que se sacrifican en dicho barrio sean reconocidas exclusivamente por el médico titular, antes de ponerse á la venta.

En apoyo de su solicitud alegan los vecinos el perjuicio que puede traer á la salud pública el hecho—que se está repitiendo diariamente—de que antes de que el inspector veterinario expida el correspondiente certificado sobre el estado de la res sacrificada, esta se pone á la venta del público, pudiendo darse el caso de que una carne que fué declarada nociva por dicha autoridad facultativa, se haya consumido por el vecindario, antes de que á manos del expendedor llegue el documento que acredite su buena ó mala calidad.

Tienen razón en parte los vecinos al formular ante el alcalde esta petición y decimos que en parte por que ni ellos, ni el alcalde, ni nadie, puede restar atribuciones á los inspectores veterinarios, quitándoles una facultad que las leyes sanitarias determinan son de su sola y exclusiva competencia.

Lo que sí debe hacerse—y aquí entran en funciones las autoridades gubernativas—es prohibir en absoluto, castigando con penas severas á los contraventores, que las carnes se expongan á la venta antes de que sean reconocidas por el inspector facultativo, cosa que viene ocurriendo no solo en el barrio de los Dolores, sino en otros barrios y en casi todas las Diputaciones.

Todavía debe recordarse, con verdadero espanto lo ocurrido hace ya algunos años en Canteras, donde fueron atacados de trichinosis muchos vecinos, sucumbiendo algunos á tan terrible dolencia, por no haber sido reconocidas, previamente las carnes de las reses atacadas de tan terrible enfermedad.

En evitación de esto, deben adoptarse medidas enérgicas que tiendan á garantir la salud del vecindario, pero no usurpando facultades al inspector de carnes, si no dando orden á los celadores y guardas rurales, para que no permitan bajo ningún pretesto sean puestas á la venta las reses de cerda que no tengan su correspondiente certificado facultativo.

Y si protesta alguna expendedor por que se creé perjudicado en sus intereses por tener que demorar algo la venta, nuestras autoridades pueden oponer á esa protesta, el texto de las leyes sanitarias que tratan de una manera clara y explícita sobre este asunto.

Impresiones

Preparativos

Como el monótono tic-tac del reloj, así caminamos nosotros por la senda de la vida; siempre igual, antaño practicábamos las mismas costumbres que ogaño; los mismos preparativos para llevar á efecto las fiestas anuales, idénticas celebraciones, iguales impresiones .. después... vuelta á empezar... poniéndonos en el Debe del libro de la existencia un año más de vida y en el Haber el transcurso del tiempo que tarda la Tierra en su movimiento de traslación alrededor del Sol, interregno que nos merma el efímero errantco del vivir...

. . . . . .

Se acerca el día de difuntos... aquí y allá vense como se apresuran á tener listas para ese día las coronas encomendadas; las rejas cuadrilongas que sirven de límites á sepulturas de seres que descansan en el sueño eterno, son rebarnizadas, formando contraste su lucidez con los cuerpos que allí reposan para siempre; otro tanto sucede con el emblema de la cruz descolorida en tiempo pretérito.

Los expendedores de flores, aprovechando ese día todas cuantas sus recursos pecuniarios les autoriza, seguros de un buen negocio... las familias de los finados no escatiman nada para poder hermosear la superficie del lecho frío en que se halla el inanimado cuerpo del llorado por...

Y llegará el día de difuntos, la muchedumbre compacta, acudirá á la ciudad de los muertos, unos con antelación unos, y el mismo día otros, la engalanarán con los mejores atavíos, con todos los medios que el recuerdo del amado desaparecido les sugiera; en aquel día y en el siguiente, allí, donde sólo reina el sepulcral silencio que impone á sus visitantes, se adueñará la animación de numerosa concurrencia, deseosa de tributar un recuerdo al que pertenece ya á la región de lo imperecedero, de lo incaducable...

Después, las losas frías que sirven de cobertor á los objetos de nuestros anteriores amores ó íntimas amistades, quedarán solas, las flores con la acción del tiempo irán marchitándose, las rejas cuadrilongas así como las cruces rebarnizadas, por efectos de los cambios atmosféricos, paulatinamente se descolorearán, los epitafios cada día perdiendo las huellas de su impresión... llegando el próximo aniversario en que aparecerán otra vez renovados por la artífice mano del hombre.

. . . . . .

Entre tanto, los que nos abandonan, reciben cada día que pasa nuevos vecinos que van á aumentar el contingente de ultratumba donde no existen rencores, ni bajezas, ni ruindades... todos son iguales, únicamente en las fachadas de sus *viviendas* hay alguna distinción, según los recursos, afectos ó recuerdos que tengan los familiares de cada uno, pero la materia, no reconoce en su finalidad privilegios...

KARUSO

La sombra del amor

Los últimos rayos de sol de una bella tarde caían sobre la arena de la playa y el agua chapoteaba suavemente. Mad. de Renelles levantó la cabeza y miró profundamente á M. de Roubre. Este preguntó:

—¿Os ha molestado mi declaración?

—¡Oh!, no, amigo mío. Pues siento causaros pena siendo mi amigo predilecto.

¿Por qué vuestra amistad se ha cambiado en un sentimiento de amor? La vida es amarga amigo mío, debo responderos y ser leal. No puedo daros que sí, no puedo amaros, porque...

Suspiró fuertemente y concluyó:

Porque amo á otro. Tenéis mi secreto y no conceptúo á nadie más digno de guardarlo. Amo furiosamente, locamente, á uno que no me amará nunca, y, sin embargo, le adoro.

M. de Roubre dijo en voz baja.

—¿Sois desgraciada?

—Sí—dijo Mad. de Renelles—¿Por qué quereis serlo voz también? Olvidad ese amor; es posible, además, que os hayais engañado.

—No; he dicho cuanto sentía.

—Os creo. Conozco vuestro modo de ser y sé que si me habeis hablado en esta forma, es porque me amais verdaderamente, y eso precisamente es lo que me desespera.

M. de Roubre, respondió:

—Vos amais á uno que no os corresponde. La certidumbre de que no sereis correspondida no os ha hecho desistir de ello. Seguis amando. Yo me encuentro ahora en el mismo caso, y no por ello he de desistir.

—Pero eso es horrible; no quiero. ¡No quiero que sepais lo que es este suplicio!

—Lo conoceré, sin embargo.

—Huiré, y me olvidareis á la fuerza. Mi fuga os salvará.

—No me salvará, me matará. Si me teneis alguna afección, no lo hareis. Dejadme vivir á vuestro lado como amigo. Os prometo que no haré la menor alusión á lo que ahora estamos tratando.

¡Sufriréis horriblemente!

Tengo el derecho á sufrir por la causa que quiera.

Mad. de Renelles bajó la cabeza y dijo:

—Sí, teneis razón, porque es lo que á mi me sucede. Tened en cuenta, sin embargo, que no debéis tener esperanza alguna. Mi honradez de amiga hace que lo repita.

—Estoy conforme. Regresemos. Ya es de noche.

M. de Roubre y Mad. de Renelles se levantaron, y estrechándose la mano marcháronse silenciosos hacia las casas de Villerville.

M. de Roubre fué el amigo íntimo de madame de Renelles sin haber nunca alusión á su amor. Se comprendía, porque cada uno de ellos encerraba en su pecho un amor que no era correspondido.

Mad. de Renelles se reprochaba su conducta con dureza. Consideraba inhumano su alejamiento, al permanecer al lado de aquel hombre hablándole de los que adoraba, y sabiendo que la amaba. De vez en cuando recordaba su amor no correspondido.

El escuchaba y la compadecía. Le parecía que Mad. de Renelles hablaba de su propio mal.

Ella, mujer joven, bella, rica, libre, consumida por un amor irrealizable. El, hombre á quien hubiesen aceptado como marido muchas mujeres. Sin embargo, llegó un momento en que no pudieron pasarse el uno sin el otro y hasta llegaron á hacerse la ilusión de que se amaban.

La sombra del hombre amado por Mad. de Renelles se interponía entre ambos. El murió en el extranjero. Durante muchos meses, ella tenía derecho á mostrar su dolor, sufrió grandemente. Ya no sabían de qué hablar.

Ella sentía algunos remordimientos aunque no había dado esperanza alguna al hombre que la amaba.

Los dos habían envejecido. Ella no creía ya poder ofrecer nada después de haber consagrado su juventud á otro hombre. M. Roubre no hacía alusión alguna á una unión imposible.

El hombre querido por ella había muerto. Reflexionando ella después de algún tiempo, comprendió todo lo ocurrido, descubriendo la sombra del amor, sus más puras alegrías y sus más profundas ternezas. Se representó, por lo que á ella ocurría, lo que sería de M. Roubre si ella muriese. El silencioso, mudo, fiel á su heróica promesa, la veía pensar leyendo en esta alma una alegría misteriosa. En fin, un día le pidió volver á verse de nuevo en la misma playa de Villerville. Se encontraron á la misma hora y en el mismo sitio. Recordando su antigua conversación, se miraron llorando silenciosamente.

El tuvo la delicadeza de no dejarla hablar en primer término. Comprendía vagamente algo de lo que se proponía Mad. de Renelles al llevarle á aquel sitio donde tuvieron su primera conversación de amor. El tomó una de sus manos y dijo en voz baja:

—¿Qué queréis de vuestro amigo?

—¿No podré daros tanta alegría como pena os he causado?

El añadió.

—El ser amado no es nada. Amar es lo que constituye el amor, aunque no sea uno correspondido.

Ella le miró comprendiendo por esas palabras el secreto en aquella alma superior inmensamente á la suya. Y en la penumbra de la playa, con el olor salino de la brisa, su boca depositó en los labios de M. Roubre el beso de pasión que otro había menospreciado.

UNA PROTESTA

En nuestro número anterior dábamos cuenta de haberse presentado al Sr. Alcalde una numerosa comisión de vecinos de las diputaciones del Algar, Beal, Llano y Estrecho, protestando de la construcción de un matadero que se intenta establecer en el término de dichas diputaciones para obligar á los vecinos de todas ellas á que sacrifiquen las reses, vacunas y de cerda en dicho establecimiento.

Los Sres. Luengo y Rubio que figuraban al frente de dicha comisión, patentizaron ante nuestra primera autoridad municipal los graves perjuicios pecuniarios é higiénicos que reportaría á los vecinos de dichas diputaciones la creación de este matadero

Es de todos conocida la penuria por que atraviesan estos pueblos eminentemente mineros con la paralización de nuestra sierra y claro es que sería aumentar la angustiosa situación en que se encuentran si se elevara—como tendría necesariamente que elevarse—el precio de las carnes, para sacar de ellas el impuesto que se establecería por derechos de matadero, y conducción de las mismas á los pueblos citados.

Pero, como el expediente estará expuesto al público durante el plazo que la ley marca para que se hagan las reclamaciones que se crean oportunas tiempo tienen todavía los que se crean perjudicados de formular su protesta ante el Ayuntamiento para que éste resuelva en definitiva.

* Así lo entendieron los comisionados encargando de la redacción del documento al letrado Sr. García Vaso.

DE SOCIEDAD

Después de gestionar varios asuntos, relacionados con la instalación del servicio de automóviles para pasageros y mercancías en esta provincia, ha regresado de Murcia, nuestro querido Director Sr. Moncada.

—

Se halla algo aliviado de su dolencia, nuestro amigo el médico D. Luis Soler.

Edificadores de multitudes

Cuadros sombríos, tétricos, recargados de tintas sangrientas han vuelto á surgir en la crónica sensacional de los sucesos, fuente de curiosidades insanas que el vulgo trata de saciar en las informaciones periodísticas.

Los que beben en esas fuentes y quienes la alimentas quedan á la altura de las babuchas mahometanas; y parece extraño que gentes accidentales puedan todavía encontrar interesantes, narraciones de este estilo, tan ampulosas, tan vacías de sentido, tan soporíferas.

—¡Doña Tecla!
—Yo no lo invento.
—Y yo dudo
de todo lo que no veo.
Se exajera mucho, mucho:
si fuéramos á creer
en habilillas de importunos,
también tiene usted su fama
rodando por esos mundos.
—¿Qué dice usted?
—Que la tildan
de entrometida.
—¡Qué insulto!
—Y de chismosa.
—¡Canalla!
—Y la han puesto un mote chusco:
la llaman á usted *Gaceta*
del barrio.
—Don Sisebuto,
bien se conoce vivimos
con gentuza, entre paletos.
—Y dicen debe en la tienda,
y que desde el mes de Julio
no le ha pagado al casero.
—¡Jesús, Jesús, cuanto absurdo!
¿Y quién lo dice?
—Pues, todos

en la vecindad; y muchos,
agregan...
—¿Algo más?
—Sí, tal:
que mató usté á su difunto
á pesadumbres.
—¡Qué lenguas
de escorpión! ¡Y yo, que huyo
de saber vidas agenas;
yo que de nadie me ocupo,
estoy sirviendo de blanco
á la malicia del público!
¡Ay, no sé lo que me pasa!
¡Yo estoy nerviosa, yo sudo!
Vecino: con su permiso
me voy adentro: presumo
que estoy enferma.
—Señora,
siento en el alma el disgusto,
y deploro haberla dicho...
—¡Ay, no señor!
—Yo no adulo,
digo las verdades claras.
—Y yo lo agradezco mucho,
por que así ya sabe una
á qué atenerse. Bien supo
lo que se dijo, el que dijo

que un anónimo tal vez
desbaratara el asunto.
—No haga usted eso, señora.
¡Pues está bueno el discurso!
Deje usted que los demás
se gobiernen á su gusto,
que usted ya tiene bastante
con atender á lo suyo.
—¡Y no es cargo de conciencia!..!
—Déjese usted de preludios,
que lo que á mí me conviene
es que se casen.
—¡Qué escucho!
—Tengo en mi casa un reloj,
dos pantalones, un raso
y algunas otras friolera
que le he empeñado á ese tuno,
y además le tengo dados
al diez por ciento cien duros,
los cuales si no se casa
contaré con los difuntos.
—Y ha espuesto usted su dinero!..
¡Válgame Dios, trino y uno!
—Y qué hacer? ya sabe usted
que ha mucho tiempo, especulo
con el préstamo.
—Por eso

† D. Ricardo Caballero.

CHISMOGRAFIA

Más mata una mala lengua
que las manos del verdugo;
el verdugo mata á un hombre,
una mala lengua á muchos.

I

—Buenos días, doña Tecla.
—Felices, don Sisebuto.
—¿Qué hace usted tan de mañana
y con un tiempo tan crudo
asomada á ese balcón?
¿No vé que es casi seguro
pescar una pulmonía?
Usted no se quiere mucho.
—No soy friolenta. Además
con este mantón me cubro
perfectamente. ¿Vé usted?
Abriga más que un felpudo;
¡Como que es todo de felpa!